

Grupo 7

Manuela Cardozo

En los tiempos de antes y el frío de ahora

En los pasillos de la Universidad Javeriana un grupo de administrativos y profesores reflexiona sobre las experiencias del campus, el pasado y el presente.

Podría haber sido otro viernes cualquiera; un día más de vacaciones en el que los salones permanecen vacíos y en silencio. Tal vez uno de lecturas teóricas y cuadernos con notas extensas, estudiantes cansados y salones llenos.

Pero no, esa mañana del 13 de junio no hubo clase y el salón no estaba vacío. Quienes ese día se sentaron en las sillas de colores del cuarto piso del edificio Fernando Barón, no estaban ahí por obligación o rutina. Habían visto la convocatoria llegar a su correo y acudieron, en medio del tráfico capitalino, atraídos por la promesa de una conversación sin sentencias o estigmas.

Ya sentados, sentían el frío que entraba por la ventana y las ruedas de los pupitres que giraban, inquietas, al movimiento de los participantes que se mecían en el puesto. Los iluminaba el destello del proyector y la luz de la ventana, por la que se veía a un grupo de obreros hacer cemento en una mezcladora. Desde afuera, el ruido de la construcción acompañaba su conversación como el frío que se filtraba en el salón: penetrante y constante. El retumbar de la máquina se fundía con las voces y silencios.

Frente a cada uno había una carpeta blanca que ponía en letras grandes el título de lo que los convocaba: "Pontificia Universidad JAVERIANA Bogotá". Un lugar que, entre todos, han habitado durante 56 años. Un espacio que, entre memorias y palabras, intentan reconstruir. Historias de cumpleaños fallidos e interacciones dolorosas, narradas ese día para "volver a sentir esos momentos en los que en el campus nos sentíamos más libres, más felices".

Sus voces se alzan y resuenan, cada una distinta, pero siguiendo una misma cadencia. Historias contenidas, tímidas, que transitan por los últimos años vividos en la universidad. Sentados en el círculo se ven muy diferentes, algunos con camisetas

rosadas, otros con falda o *hoodies*, sin embargo, sus caras y palabras denotan sentimientos similares. Con nerviosismo cuentan sus experiencias en el medio universitario. Lo que teje la experiencia comunitaria, lo que el profesor Ocampo Flórez llama, el *ethos* universitario y que, a los ojos del grupo, se ha ido desgastando. Hablan de la pandemia, de verse frente a los computadores para apoyar esa comunidad virtual. “Llevar todo a generar comunidad puede ser difícil”, dicen, porque para ellos que hoy por el campus no se vean figuras como la decanatura del medio, hace más difícil relacionarse. En especial porque esa tarea cae en hombros de los secretarios de decanatura, quienes tienen mucho trabajo.

La conversación sigue el mismo tono, hasta que una voz, mayor y penetrante, irrumpe en el sonido. “Antes sentía que era una familia. Hoy solo es un lugar de trabajo”. De pronto, es como si el hielo de la timidez que rodeaba la conversación se derritiera, liberando un torrente de emociones y opiniones. “Yo voy a hablar mucho porque soy la más antigua”, dice ella.

Ella lleva 26 años en la universidad. Ella, después de pasar un cuarto de siglo por estos pasillos, se va. Y lo hace con sentimientos encontrados. Antes, al hablar con un extraño en la calle y decirle que trabajaba en la Javeriana sacaba pecho y, orgullosa, miraba a la otra persona a los ojos; hoy, simplemente asiente con retraimiento. Como si, según sus palabras, la imagen que tuvo de la javeriana se hubiera perdido. Como si ya solo quedara la fama.

Hace unos años, en su facultad vivieron una situación difícil. Un evento que los dejó vulnerables, mirando al suelo. Después de todo, cuando se trabaja en comunidad, cuándo se ha construido un lazo, la caída emocional de uno afecta a todos. “¿Cómo decir que un compañero se quiere suicidar?”, pregunta. ¿Cómo hablar de lo incómodo cuándo todos te dicen que pases la página? Frente a esto, ella sentía que no tenían con quién hablar, que a nadie le importó. Para ella este lugar ahora se siente distante.

A su lado, otra mujer, joven y amable, asiente con la cabeza mientras ella habla. Se mira las manos, mira el pupitre y después de que la mujer mayor acaba, toma la palabra. Es consejera académica y su trabajo habita en el silencio y la escucha: dejar que las palabras de los estudiantes entren en su corazón, como se dijo en la jornada.

A pesar de esto, algunas veces los dilemas de quienes acuden a ella son intensos. Algunas veces siente que no tiene las herramientas suficientes para asistirlos. Este semestre tuvo una sesión difícil, cuando un estudiante llegó a sus puertas con un relato íntimo y doloroso. Ella narra el momento mientras mira al grupo y luego dice la voz entrecortada: “no supe cómo hice para no llorar con él”

“Para los profesionales del medio no hay cuidado”, responde un hombre de camisa rosada, con una mano apoyada en el abdomen. Él trabaja en el Centro de Asesoría Psicológica y Salud, es egresado y le gusta hacer deporte. Sin embargo, encontrar horarios en los que pueda practicar le ha sido difícil. Baila con la agenda: corre dos pasos por aquí, mete tres rondas por allá.

En su horario laboral también se puede llegar a sentir estancado: “En el CAPS buscamos profesionales con maestría. No hay posibilidad de crecer y son cargos que se pueden acabar. No hay crecimiento”. A veces lo ven como “el del espectáculo, el de los shows”, otras como una cifra. Es el número de personas que asisten a un evento, más que su contenido. O el reemplazo de quienes no están: “Desde que llegué en el centro hemos perdido cuatro plazas que no se han reemplazado y el trabajo lo cargamos los que seguimos”.

Después de su intervención el grupo guarda silencio, viendo a la mujer de mediana edad que está sentada a su lado. Una colega de la mujer mayor. “Las personas ya no importan, importa el indicador”, sigue ella. Ella no sentía desmotivación en el trabajo, iba todos los días movida por pasión a lo que hacía. Todos los días atravesaba el concurrido campus hasta su facultad. Luego, el año antepasado sucedió algo que no hubiera creído posible. Algo cambió. Hoy, en su área de trabajo no hay tiempo. No hay tiempo para los espacios de protección y cuidado que antes eran esenciales. “Ya no hay ni para celebrar el cumpleaños”, dice. Antes hacían bailes o teatro, ella quiere volver a ver eso. Sabe que la universidad está desfinanciada, no pide dinero sino tiempo.

Su colega, la mujer mayor, asiente con la cabeza. Ella ha vivido experiencias similares en los últimos años. Con un tono personal afirma: “no te tienen que amenazar con

que detrás de ti hay 10 hojas de vida más. No te tienen que amenazar porque si estás feliz lo haces bien”.

Después de esto, la conversación se vuelve más lenta, fluida, como si ya se hubieran expuesto las notas principales de la melodía que todos comparten. Ahí, muy despacio, otra de las mujeres levanta la voz, recordando como los tiempos han cambiado: ya no se debería liderar desde el punitivismo. Se acuerda cuando las puertas de los jefes estaban abiertas, no cerradas. Con su voz que se mezcla con el ruido de la mezcladora y el rechinar de las sillas, hace un llamado a la calidez y a dejar la ley del hielo.

“Ahora entiendo que soy privilegiado”, dice un hombre joven, sentado al lado de la mujer mayor. Lleva dos años en la universidad y su equipo siempre ha sido cálido. Es feliz en los días de teletrabajo. Está contenido en los días que tiene que venir al campus. Su trabajo es como un tejido que van construyendo sus compañeros: puntada por puntada, color por color.

Termina de hablar y la habitación se queda en silencio.

Afuera, la mezcladora ya no suena; los obreros casi han terminado con su trabajo. Adentro, las sillas de colores no se mecen tanto y todos se ven a los ojos. En cada uno de los rostros de los participantes, y en el de la facilitadora, hay una expresión de complicidad, de entendimiento.

Esperan que los tiempos que recuerdan en la universidad vuelvan: los partidos después del trabajo, los cumpleaños, las obras de teatro y el tejido comunitario más unido.

Que vuelvan a llenar el espacio con risas y sonrisas. Que la melancolía dé paso a volver a sentir alegría y orgullo de trabajar ahí. Buscan que el ADN javeriano se vea en el día a día, no solo en la carpeta que tiene al frente. En el tiempo que se comparte, en el cuidado y el respeto por el otro.

Uno por uno, los participantes se paran y salen del salón, dejando atrás las sillas amarillas, azules y verdes.

La mujer mayor camina hacia mí. Se detiene cerca y me dice, con tono firme: “Por favor, no saques de la crónica los sentimientos de lo que se dijo acá hoy”.

Salimos y apagamos la luz, dejando el salón en oscuridad y silencio.